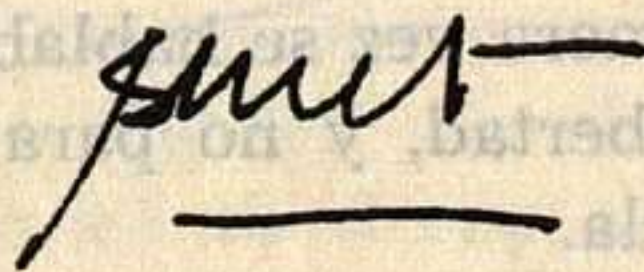


Juan Benet

DIONISIO RIDRUEJO

Cuando un hombre es capaz de concitar tan unánimes aprecio y respeto —que saltan por encima de las ideologías y las generaciones y de los que participan todas las personas que conozco y le conocen, sin ninguna excepción— sin duda es porque cuenta con algo distinto y trascendente a las razones que provocan esos sentimientos. Para unos privará su honestidad por encima de cualquier otra virtud, lo que en principio no le diferencia de un honesto jefe de estación; para otros será el coraje bajo cuya estricta nómina cabe incluir a tantos presidiarios; habrá quienes, sobre todo, admiren su claridad de ideas, esa mente aguda e inquieta que no ha dejado en paz cosa alguna de que ha tenido noticia; para otros pocos sobresalen unos cuantos gestos personales, unos párrafos o unas líneas escritas. Tal vez la cualidad que más amigos le ha deparado sea esa perseverante y paciente actitud de lucha, que nunca se resignará a darse por vencida y que —acaso por estética— no dejará asomar el menor síntoma de cansancio o escepticismo. No sé cómo se puede definir todo eso con nombres comunes. El vocabulario no cuenta con arma alguna para penetrar en la fortaleza del nombre propio: Dionisio Ridruejo en abierta oposición a los sustantivos, a los legendarios epítetos con los que se pretende calificar la raza.



DIONISIO

Mi primer encuentro con Dionisio, hace ya veintiséis años —fue en 1948—, se lo debo a la poesía. Dirigía yo entonces la colección "Adonais", y alguien, un amigo común, me habló con elogio de un libro inédito de Dionisio, a quien yo entonces apenas conocía. Le pedí el libro, que era *Elegías*, y que se publicó en "Adonais" el año 1949, haciendo el número 50 de la colección. Con ese motivo —siempre la aventura poética es buen pretexto para iniciar una amistad— conocí mejor a Dionisio, y su bondad, la calidad y delicadeza de su corazón, su sentido de la justicia y de la amistad, su talento claro y abierto, me conquistaron definitivamente. Tres años después, en 1952, con ocasión del primer Congreso de Poesía en Segovia, le oí hablar por primera vez en público, y aún recuerdo la honda emoción que sentí al escucharle. Fue su discurso un canto emocionado a la libertad y a la fraternidad de los poetas de todas las Españas. Por primera vez se hablaba, en la dura España de la posguerra, de la libertad, y no para vituperarla sino para reivindicarla y ensalzarla.

Siempre he visto a Dionisio defender las causas justas y denunciar las canalladas que, en años de oprobio, se hacían contra quienes no podían defenderse. A pesar de que su posición política era difícil, y de que podía ser fácil blanco de las iras oficiales, Dionisio no dudaba un instante. Cogía la pluma y denunciaba la injusticia y la vileza. Recuerdo, por dar algún ejemplo, la gallarda carta que dirigió al director de "A B C" cuando en este periódico se denunció a José Bergamín como rojo, o la que escribió al ministro Arias Salgado cuando la revista "El Español", publicada por su ministerio, echó cieno sobre la memoria de García Lorca, al recoger como veraz la sucia y falsa leyenda de un aventurero. Menos aún puedo olvidar, porque me afectaba más, la valiente carta que dirigió a varios ministros en diciembre de 1956 al tener noticia de que el Gobierno había suspendido la revista "Insula" y otras revistas literarias y culturales. Una actitud tan valerosa y tan honesta tenía que llevarle a la cárcel y al exilio. Pero esas dos experiencias tan dolorosas —y al mismo tiempo tan fecundas a veces— no le han convertido ni en un resentido, como sus enemigos pretenden, ni en un amargado. A sus sesenta y dos años, puede seguir haciendo suyos los versos de una canción de Blas de Otero:

*Si me muero, que no me mueran antes  
de abriros el balcón de par en par.*

*Un niño, acaso un niño, está mirándome  
el pecho de cristal.*

La fe de Dionisio en la España futura, en la España democrática y socialista, sólo es fruto de su amor a su país, de su sentido de la justicia y de la libertad.

*José Luis Caura*